
REFLEXIONES SOBRE EL ESTUDIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA¹

REY GUADALUPE OROZCO GALLARDO²

RESUMEN

Este ensayo da cuenta de los obstáculos presentados a la hora de estudiar la Revolución, señalando algunos entre los numerosos que existen, que van desde la nomenclatura hasta las generalizaciones. Se propone situar a la Revolución en su contexto, poniendo énfasis en el paso a la modernidad democrática; dentro del ciclo de revoluciones burguesas y haciendo comparación con las revoluciones rusa y china. Se sostiene que considerar estos puntos será clave a la hora de comenzar una investigación sobre este importante hecho, despejando mitos y generalizaciones agregados.

Palabras clave: Revolución, paradigmas, temporalidad, generalizaciones, comparación.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de los últimos 50 años han surgido distintos estudios serios acerca de este importante suceso llamado *Revolución mexicana*, una época situada de 1910 a 1920. Estos planteamientos han hecho repensar cómo fue esta revolución, al mismo tiempo que se encuentra con algunas contradicciones que, aunque no son del todo negativas, más bien enriquecen los estudios sobre ella; pues de cada uno proviene una perspectiva distinta. De ahí que las ciencias sociales enriquezcan estos estudios, a la vez que parezca imposible llegar a un acuerdo en los constantes debates.

La Revolución mexicana ha sido sometida a severos análisis que han puesto en entredicho sus conceptos tradicionales. Entre ellos se encuentra su nomenclatura: ¿Fue revolución o rebelión? Los problemas al momento de investigar provienen de su forma clásica de explicación: generalizaciones, historia oficial creada por el Estado, legitimidad de por medio. Es así que la meta del historiador consiste en rescatarla a través de instrumentos metodológicos.

1 Ensayo presentado en el curso Historia e historiografía de la Revolución mexicana.

2 Estudiante del 5° semestre de la Licenciatura en historia, Universidad de Guadalajara Correo: reygo_g12@hotmail.com

La forma clásica de explicarla proviene de una errónea homogeneización de sus actores sociales, muchas veces confundiendo su forma de actuar y llevando a ningún lado cualquier comprensión. Ahora los historiadores hacen de esta revolución su sujeto de estudio, aportando nuevos paradigmas para ello, despejándola de generalizaciones y mitos.

El estudio sobre la Revolución no debe encuadrarse de 1910 a 1920 para explicarse, ni tampoco creer que quienes se levantaron en armas lo hicieron con motivos surgidos de la noche a la mañana. Entonces deben aplicarse teorías que implican el tiempo de la revolución y así veremos con claridad la lucha que grupos con intereses antagónicos venían enfrentando durante siglos, y que vendrían a saltar en un movimiento armado de grandes dimensiones en la coyuntura que propició el estallido y transformación de su estado actual. Y hablando de no encuadrar el estudio en un acotado tiempo, tampoco debe aplicarse al espacio, pues así comprenderemos la esencia de la Revolución al ser comparada con otras contemporáneas a ella, enriqueciendo y haciendo complejo su estudio, poniendo en entredicho algunos presupuestos sobre este importante evento.

¿REVOLUCIÓN O REBELIÓN? EL PROBLEMA DE LA NOMENCLATURA

A lo largo del siglo XIX México vivió en constantes guerras, llamadas “revoluciones”, desde la independencia hasta la llegada de Díaz al poder. Los propósitos de cada una cambiaron muchos aspectos del país: la revolución de independencia (emancipación de España), de Ayutla (fin de la era Santanista), la revolución de la Noria y de Tuxtepec (con propósitos an-

tirreeleccionistas), tan solo por mencionar algunos ejemplos. Todas ellas tenían en común la propuesta de cambios en la política del país. La que interesa a nuestro estudio, la de 1910, merece una mayor atención, es decir, distinguirla de una rebelión.

Según Ruiz en “*México: la gran rebelión*” (1984) se pueden mencionar las múltiples características que engloban una revolución: el advenimiento de una nueva era económica, social y política; en sentido marxista, una transformación en la estructura de la sociedad, de clases, de patrones de riqueza y distribución de ingreso; una alteración del sistema económico prevaleciente y modificación de la dependencia económica de un país respecto al mundo. Aunque varios de estos aspectos no cuadran con la revolución de 1910, retomando al autor, el criterio de la misma puede localizarse en la profundidad de los cambios que provocó con consecuencias importantes. En lo que respecta a una rebelión, es necesario considerarla en claves para diferenciarla: modificaciones sin transformación del todo, continuidad en sistemas políticos y económicos (en este caso el capitalismo), disidentes derrotados, remozamientos. De esta manera encontraremos algunos aspectos o situaciones de la revolución que pueden considerarse como una simple rebelión.

Habiendo considerado los puntos mencionados, por revolución se entiende una nueva era, una transformación, alteración del orden establecido; mientras que por rebelión lo central es continuidad y remozamiento; un movimiento armado contra el gobierno en turno, más no contra el sistema.

Para explicar el porqué de esta complicación a la hora de definir su concepto, es necesario considerar que el poder político que emana de un proceso revolucionario relegue cualquier movimiento antagonista a una rebelión o revuelta (Heau y Rajchenberg, 1996). Así, son responsables tanto los creadores del nuevo Estado mexicano, como las revoluciones socialistas triunfantes, cuyos triunfos merecieron portar la esencia de la verdadera “revolución”.

LA TEMPORALIDAD HISTORIOGRÁFICA DE LA REVOLUCIÓN

La Revolución mexicana, como movimiento armado, la hemos localizado tradicionalmente de 1910 a 1920. En el plano historiográfico se ha dividido en 3 grandes momentos. Álvaro Matute aporta una explicación a estos grandes momentos: Revolución como recuerdo, invención y rescatada.

Revolución como recuerdo

La revolución recordada es el acercamiento historiográfico basado en el recuerdo. Fue una guerra de debates con el propósito de establecer una verdad, la del líder contra su enemigo; una historia en que no puede intervenir el civil o el ajeno a los hechos (Matute, 1991). Este periodo comenzó a partir de 1913, luego de la muerte de Madero, y se desvaneció hasta 1925, siendo su principal motivo dar una versión, tratar de legitimar la lucha de quienes participaban en el debate por establecer su “verdadera” revolución.

Tras el triunfo final sobre Carranza, en 1920, el país comenzó un proceso de esta-

bilización. Pero esa estabilización necesitó echar raíces en la legitimidad, lo que implicó una completa imposición del vencedor sobre las versiones de la revolución recordada de los vencidos. Esta fecha comenzó hacia 1925, cuando Calles gobernaba el país, y para darse continuidad los vencedores hicieron de la revolución una invención.

Revolución como invento

Con “invención” se hace referencia a una dotación de sentido a un hecho, que lo hace significativo y le da unidad; en este caso, la autoría de la Revolución pertenece a los vencedores que crearon el Estado, que, por medio de sus ideólogos, tuvieron como propósito el identificar al Estado con la “Iglesia Revolucionaria” y al presidente como el “sumo sacerdote”. Tan solo téngase en cuenta que el Estado institucionalizó la Revolución a través del Partido Nacional Revolucionario, partido que permaneció en el poder, aunque con distinto nombre, hasta el año 2000. Y no se diga en los libros de texto, se ensalza la victoria del vencedor, es la historia oficial que justificó la permanencia en el poder.

Simplificando, la invención tenía como propósito vincular la Revolución con la figura del nuevo Estado, y que a partir de entonces éste se proclamara continuador de aquella. La exageración hizo que el Estado atribuyera todos los éxitos a la misma y eso trajo innumerables críticos, aunque sin éxito. No obstante, éstos ganaron fuerza en el debate cuando triunfó la Revolución cubana. Hasta ese momento, los historiadores estaban ajenos a explicar la revolución, pues

no pertenecían a los intérpretes o continuadores de la misma.

La Revolución como sujeto de estudio

La década de 1960 fue muy importante para el nuevo rumbo que tomaría la reinterpretación de la Revolución, ahora por los historiadores. En esta década se vive la experiencia que dejó la Revolución cubana, cuyos objetivos replantearon la esencia de la mexicana y, en consecuencia, el Estado se ve duramente interrogado y desprestigiado, además de añadir los enfrentamientos ocurridos en el país en 1968. El Estado no podía seguir portando en sí la Revolución, es la era de las reinterpretaciones, vigentes hoy en día.

La Revolución ahora, vista por los historiadores, es ese sujeto al que se le trata de despejar los mitos agregados que le ocultan y distorsionan; es el rescate que los historiadores hacen tratando de recrear sus acontecimientos, rescatando sus actores sociales, utilizando armas metodológicas.¹⁰ En suma, como sujeto de estudio es el rescate que el historiador le dio: la extrajo del terreno político a la academia, de sus connotaciones ideologizantes para dirimirla en el campo académico (Heau y Rajchenberg, 1996). A partir de ahora, los siguientes apartados vienen a dar testimonio de la etapa de “rescate” a esta revolución, despejándola de los antiguos conceptos que solo venían a repetir lo mismo o entorpecer su comprensión.

CONSIDERACIÓN DE LOS ACTORES EN LA REVOLUCIÓN: MODERNOS Y TRADICIONALES

Durante el siglo XIX estalló la lucha entre liberales y conservadores, así como pueblos

agrarias (rebelión lozadista, por ejemplo), los primeros apostando la modernización, los segundos por la base tradicional y los últimos por la defensa de su comunidad ante los embates de estos dos. Los tradicionales se ubican entre aquellos que mantenían sus antiguos privilegios desde la época colonial: Iglesia, pueblos, gremios y otras corporaciones.

Durante el porfiriato se integró a los actores sociales de entonces en una red unificada de vínculos personales, se pactó con los actores colectivos antiguos, con el fin de asegurar la estabilidad y modernización en el país, y, como consecuencia, hubo un aumento de población, mejoras en la economía, en la movilidad social, en la educación y la difusión de las ideas e imágenes propio de la modernidad (Guerra, 1991). Entre las élites que disputaban el poder, se encuentran los liberales y conservadores, pero en la etapa del porfiriato surgió una nueva sociedad, que podría considerar a sus actores modernos como clase media: profesionistas, maestros, obreros, comerciantes, etc.

Sus principales rasgos radican en el desligue de la tradición, la cultura de modernidad, adhesión al modelo individuo-ciudadano y de poner en entredicho la legitimidad del sistema político de entonces. Esto es un punto clave, entre algunos otros, pues estos actores modernos serían aquellos que demanden el sufragio universal efectivo, así como derechos laborales y proyectos ideales para la sociedad (Guerra, 1991). La identificación de estos actores será fundamental para entender la ideología y posturas de cada uno, sin dejar de lado algunas propuestas que eviten una

homogeneización en el estudio de los mismos, así como el estudio de la Revolución.

PARADIGMAS EN EL ESTUDIO DE LA REVOLUCIÓN

Un estudio eficaz sobre el tema necesita de nuevos paradigmas, que sean propuestas de carácter general para ser aplicadas en elementos sociales y su comprensión. Una referencia para estos estudios es François-Xavier Guerra (1991), cuyas propuestas desplazan las formas tradicionales de explicar que solo entorpecen y dificultan los análisis serios: generalizaciones, presupuestos teleológicos, etc.

Entre las propuestas está el definir a los actores sociales. Las interpretaciones clásicas tienden a generalizar las acciones a través de los actores abstractos (que son conceptuales): campesinos, estudiantes, obreros, revolucionarios, etc. Es necesario reemplazar a estos actores abstractos por actores reales. Y estos son aquellos identificables, que tienen un comportamiento en común, reflejan sistemas de autoridad; en suma, que tienen una cultura propia y hasta una memoria en común (Guerra, 1991. p. 452). El estudio de sus vínculos, valores, comportamientos y situación social, posibilitará localizar a actores colectivos, como clanes familiares, pueblos, haciendas, clubes políticos, organizaciones estudiantiles, etc., y de ellos sus estructuras internas y su historia. Solo así se distingue o tipifica a grupos concretos y no abstracciones, por ejemplo, los campesinos de Anenecuilco, el Partido Católico Nacional, el club Ponciano Arriaga, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), Confederación de Asociaciones Católicas de México, etc.

Expuesto lo anterior, el estudio de sus formas de organización, vínculos, comportamientos, su referencial cultural y su ideología, permitirá explicar sus distintas reacciones ante una misma situación de crisis dada. Otra propuesta es no homogeneizar a estos grupos desde un punto de vista socioprofesional y, al contrario, considerarse heterogéneos, como un ejemplo, se identifican movimientos con proyectos agraristas que no necesariamente piensan en la expropiación de las tierras: pueden albergar entre ellos a hacendados o ideólogos a favor de éstos, en conclusión, se componen de integrantes de diferentes niveles sociales. La comprensión de estos grupos en relación con los demás actores (marcos geográficos y rivalidades) logra configurar el campo de lo político (alianza y oposición) y explicar cómo es que se rigen por códigos culturales (imaginario, constitución del vínculo social, autoridad legítima, etc.).

Considerar lo anterior podrá definir a los actores reales, que son estos que vienen a identificarse con rasgos propios, enriqueciendo y haciendo complejo el estudio de los actores colectivos en la revolución: observar rasgos distintos en cada uno y poder explicar una situación determinada. No obstante, debe estudiarse las comunidades aisladas y su visión sobre los grandes movimientos percibidos a nivel nacional, haciendo referencia a la propuesta de utilizar los conceptos de “mosaico de revoluciones” y “revolución épica”. El primer término, tomándose en cuenta la heterogeneidad, alude a que la revolución fue también un “mosaico”, una diversidad, de revoluciones; el segundo, sin olvidar el carácter regional de

los movimientos, se refiere a aquellas revoluciones “de gran envergadura” que fueron percibidas hasta en las regiones más aisladas y que, al ser percibidas, dieron inicio a más revoluciones regionales (Vallejo, 2002). Este estudio puede arrojar datos acerca de los diferentes momentos en que algunas comunidades remotas se levantaron en armas, con qué grupo se identificaban sus ideas, qué significó para ellos la derrota de esos movimientos, qué curso tomaron y comprender aún más la diversidad de actores reales.

CONTEXTO DE LA REVOLUCIÓN: MODERNIDAD DEMOCRÁTICA

Hablar de modernidad democrática remite a un largo proceso que hunde sus raíces en la situación europea, donde, a partir de la Revolución francesa, se consideró a la sociedad como un conjunto de individuos libres regidos por una ley general, y de cuya voluntad surgen las autoridades (Guerra, 1991. p. 454). Las ideas del individuo como ciudadano se gestaron y se difundieron, contribuyendo a la caída de las monarquías absolutistas. México no estaba exento, pero fue un caso diferente a la situación francesa, sobre todo si comprendemos que las élites con aspiraciones al poder dirigieron estos ideales a través de la independencia, para darse continuidad sin perder sus privilegios.

Esta ruptura, que François Xavier Guerra señala como la modalidad en que se dio el paso a la modernidad democrática, tomó rasgos propios en el mundo hispanoamericano. El paso brusco trajo consigo problemas, lógicos en una sociedad tradicional, en que la modernidad política se veía estancada de cierta manera. Las élites en el poder

entorpecieron esta democracia llevando a cabo una “ficción democrática”, que haría incuestionable su legitimidad y que solo vería su cuestionamiento con otro grupo elitista semejante con las mismas pretensiones; y a través de los caudillos, como voluntad del pueblo (Guerra, 1991. p. 456).

Los actores modernos, gestados durante el porfiriato, buscaron ser partícipes de una política real, cuestionaron al sistema político vigente en el país y se irían en contra de esas trabas, la “ficción democrática”; más tarde encontraron plasmadas sus demandas en los ideales que el proyecto maderista contenía: representación política a través del sufragio efectivo y la representación social a través de la libertad de asociación y libertad de sindicato.²³ Es necesario considerar que estos proyectos fueron prematuros en un país con bases netamente tradicionales, además su fracaso se debió a las crisis económicas del porfiriato, las tensiones sociales, los ataques a la propiedad comunal de algunas poblaciones, y el resurgimiento del caudillismo, así como el papel determinante de los actores colectivos.²⁴ Los resultados de este movimiento podrían ser considerados más regresivos que revolucionarios, puesto que los caudillos, que nacen a partir de la ausencia de unidad, conciencia, iniciativas o proyectos en los pueblos; resultantes hicieron lo mismo que antaño: adjudicarse el mote de “voluntad del pueblo”. La Revolución, en este aspecto, se asemeja a una lucha clásica entre liberales y conservadores del siglo XIX, pero detenernos en esta consideración dejaría de lado otras cuestiones que la hacen única entre las demás.

ESTUDIO TEMPORAL DE LA REVOLUCIÓN:
TEORÍA DE LA CONTINUIDAD HISTÓRICA Y EL
MODELO BRAUDELIANO

La revolución, como sujeto de estudio, se ha visto provista de interpretaciones que ayudan a explicarla. Una de ellas es la teoría de la continuidad histórica, que explica científicamente la revolución de 1910 como parte del ciclo de revoluciones burguesas, desde la transición al capitalismo, hasta el fin del poder de la burguesía de plantear y resolver problemas del desarrollo capitalista por vía revolucionaria, siendo el motor principal la lucha de clases (Semo, 1979. p. 138). Y el modelo de Braudel en la cuestión temporal, especialmente, de la larga y la media duración, o coyuntura, para entender los procesos de los malestares acumulados y la configuración del conflicto.

Teoría de la continuidad histórica

Aplicando esta teoría a la historia de las tres importantes revoluciones de México, siguiendo el argumento de Enrique Semo, el ciclo de las revoluciones burguesas comenzó con la Independencia del país, que propició la gesta del capitalismo (creación del Estado nacional y abolición de la esclavitud; el paso de la sociedad estamental a ciudadanos regidos por la misma ley); la guerra de Reforma se explica como la destrucción de los obstáculos al desarrollo capitalista (desaparición de la Iglesia, como factor económico y político, y de las comunidades indígenas, consideradas contrarias al progreso); pero la Revolución de 1910 es un poco más compleja, se trata de reformas que plantean el ascenso de una burguesía agraria al poder, la destrucción de los latifundios y la creación de los ejidos, pero se vio limitada, careció el proletariado de conciencia de clase: la unión

entre los sectores del proletariado que lo llevaría en algún momento a radicalizarse, transformar la situación a su favor e impedir retrocesos; por otro lado, se mantuvo una burguesía agraria dependiente del imperialismo estadounidense, no teniendo un proyecto propio (Semo, 1979. pp. 142-144). De ahí que la revolución no significa necesariamente la culminación satisfactoria de los proyectos propuestos.

Modelo braudeliano: tiempo largo, coyuntura y tiempo corto

Por otro lado, la Revolución ha sido estudiada, o se propone su estudio, a través del tiempo largo y coyuntura. Si en el proceso de la revolución se ven inmiscuidos problemas sociales que habían persistido durante el siglo XIX, se entenderá que estos conflictos pueden estudiarse a largo y mediano plazo. El problema de la tierra, por ejemplo, ya aparece desde la conquista y colonización y se ahonda en los últimos cien años de la colonia; la pequeña burguesía nacional se vio durante el porfiriato, desplazada de la competencia en el mercado ante los extranjeros (Hart, 1992. p.20). Y en este proceso se observan los problemas que surgen de la conformación del capitalismo: choque entre terratenientes dedicados al comercio y desplazados de la tierra, ahora asalariados, que se quejan de insuficientes pagos.²⁸

Lo que Semo menciona es cómo la burguesía hizo de las masas un instrumento para llevar a cabo, por medio de revoluciones, sus propósitos. John M. Hart, en concreto, nos muestra los inicios de estas formas de actuar a través del caudillismo (contar con el carisma suficiente para ganarse a la mayoría del pueblo), pero que estos caudillos comienzan a anhelar los logros del capita-

lismo estadounidense. Hart explica cómo durante el porfiriato se transformaron a los campesinos y actores en obreros agrarios e industriales, se formaron los pequeños hombres de negocios, y las élites alcanzaron un nivel de riqueza alto; pero que en el último decenio (corto plazo) del porfiriato se verían desplazados de la escena económica por extranjeros y el gobierno incapaz de defender sus intereses.

La Revolución mexicana tiene sus distintos tiempos de estudio: largo, coyuntura y corto plazo, y aunque la continuidad histórica se enfoca al ciclo de las revoluciones burguesas, el estudio a largo plazo y la coyuntura, permitirá observar las luchas entre comunidades campesinas y capitalistas comerciantes a través del tiempo y en las revoluciones burguesas. Con estas teorías, se puede decir que la Revolución mexicana es la culminación de una revolución de tipo burgués, pues la burguesía pasó de controlar las masas y dirigirlas para llevar a cabo su desarrollo, a perder su potencial de dirigir otra revolución luego de la aparición de los ejidos. De ahí que Semo se proponga que otra revolución podría ser una en que el proletariado la lleve a cabo para su beneficio.

TERMÓMETROS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA: LAS REVOLUCIONES RUSA y CHINA

Las revoluciones rusa y china son importantes para entender el carácter que tiene la mexicana de 1910, de hecho no sólo la Revolución cubana hizo replantearse la idea de revolución, sino que se voltea a ver a estas grandes revoluciones del siglo XX que lograron por completo destruir sus antiguos

regímenes y apropiarse del término *revolución*. De esta manera se pueden destacar elementos determinantes presentes en estas tres revoluciones, que al analizarse permitirán medir el grado de impacto que tuvieron en México, logrando determinar su sentido. Este estudio es otra forma de entender la revolución, porque no se analiza desde un encuadramiento geográfico, sino que parte de su comprensión se encuentra en ejemplos similares del exterior.

Rasgos en común

El elemento en común que tuvieron las tres fue una crisis de modernidad. Hans Werner Tobler (1989) menciona que esta crisis se debió al desarrollo impulsado “desde afuera” porque, a pesar de modernizar algunos aspectos económicos, a final de cuentas logró mantenerse la estructura social heredada y la estructura política. En el caso de México entiéndase que se modernizó al país durante el porfiriato con proyectos extranjeros, pero, como se ha mencionado en apartados atrás, permanecieron intactos los actores tradicionales y el sistema político que tanto pretendían derribar los actores modernos.

Un segundo elemento que comparten las tres son, en su momento, crisis agrícolas constantes, aunque en cada una hay características variantes. En Rusia, por ejemplo, el aumento de población era proporcional a la falta de tierras y gravámenes sobre los campesinos; China experimentó un aumento de población, una crisis agrícola por una presión externa (una revolución) y un aumento de la comercialización en el sur; en México la modernización porfirista trajo

consecuencias sociales regresivas: campesinos víctimas de esa modernización.

El elemento anterior vino a dar con otro comparativo: los campesinos obtuvieron, en cada una de las revoluciones, beneficios desiguales. Fueron los que engrosaron las filas en las guerras, los que apoyaron a quienes se levantaron en armas, y fueron quienes no vieron beneficios. En México los campesinos no tendrían algún beneficio, sino hasta años después con la formación de los ejidos, sobre todo en el sexenio cardenista.

Rasgos diferenciales

Si todas iniciaron con un elemento común (crisis de modernidad), en el transcurso cada una tomaría sus rasgos diferenciales. Estas divergencias fueron las doctrinas, partidos de clase y los proyectos que unificarían las distintas demandas. Rusia sí contó con un partido, una ideología, un líder y un programa revolucionario; en China lo hubo, aunque más complejo por el largo periodo que pasó para finalmente radicalizarse y transformar por completo la situación; pero en México todos estos factores no estaban presentes.

Así como la modernidad fue propiciada por el exterior, las guerras exteriores y civiles fueron otros factores que vinieron a afectar el transcurso de las revoluciones comparadas. En Rusia y China, las guerras de carácter externo e interno vinieron a favorecer los movimientos en masa que se apoderarían de las tierras y destruirían el antiguo régimen. En la mexicana, la intervención de los Estados Unidos no cambió la relación de fuerzas existentes en la revolución, no obligó a establecer tregua entre los beligerantes revolucionarios y su retiro

facilitó que se impusiera un grupo beligerante (el constitucionalismo) sobre el otro (Villa y Zapata).

Y hablando de beligerantes, un segundo rasgo diferencial es el relativo a los ejércitos voluntarios versus ejércitos asalariados. En China los ejércitos campesinos fueron capaces de enfrentar al enemigo común fuera de su territorio; en México, por el contrario, los campesinos del ejército zapatista no estaban dispuestos a ir más allá de su "terruño", además que la relación comercial con el vecino país (Estados Unidos) trajo consigo los medios financieros para poder establecer un ejército de soldados asalariados a quienes no debía pagarse con reformas sociales, haciendo perder el sentido popular de su levantamiento. Todos estos factores mencionan las trabas con que la Revolución mexicana tropezó para ser una revolución estilo rusa o china, tomando como peculiaridad una revolución burguesa, aunque interrumpida.

CONCLUSIONES

Ante lo expuesto, poder definir a la revolución mexicana es muy complejo. Primero porque fue clasificada en su tiempo, aún como los movimientos armados anteriores, como una "revolución", pero que mantiene rasgos compartidos con una rebelión, pues basta con recordar que el lema de quien la inició fue "Sufragio efectivo, no reelección", más no "cambiar el sistema". Estas interpretaciones comienzan a atacar una revolución inventada por el Estado, por lo que es necesario recalcar que vivimos en una etapa de la historiografía de la revolución, en que ésta es nuestro objeto de estudio. Un problema actual a la hora de "rescatarla" es el modelo que se aplica para explicarla, especialmente

el marxismo, pues las ciencias sociales han dificultado llegar a un acuerdo mediante estos modelos interpretativos, muchas veces contradictorios.

Las propuestas más sobresalientes residen en la definición de los actores sociales, ubicándoles su realidad, pues lo que se combate es una historia de generalidades que dificultan si quiera una comprensión de lo que fue este importante movimiento y quienes lo integraban, qué proponían y en qué divergieron. Con estas propuestas se encuentra el camino despejado para entablar presupuestos que eviten la homogeneización, sin recurrir por la fuerza a una generalidad.

El siglo XX vivió la escuela de los Annales, siendo Braudel el indicado para establecer las pautas en la forma de explicar el tiempo de la Revolución mexicana: tiempo largo, coyuntura y acontecimiento. Esta propuesta ha sido llenada al enmarcar la revolución de 1910 dentro de una serie de luchas burguesas y de luchas de clases. De esta forma se establecen causas a largo plazo como la cuestión agraria y la gestación del capitalismo desde la colonia, el combate por la supervivencia de una y la aspiración al poder de la otra. La teoría de la continuidad histórica nos abre a nuevas perspectivas de la revolución, no considerándola como la última que ha de realizarse en estos ciclos de revoluciones burguesas. La Revolución mexicana es un estallido de males acumulados durante siglos, encontrando la coyuntura (o mediano plazo) durante el porfiriato, que vino a ser la transición a la modernidad, pero que derivó en crisis ante la per-

manencia de los sistemas tradicionales y la obstrucción que representó el capitalismo extranjero para los pequeños burgueses que demandaban una representación política y social. Madero lograría satisfacer esta doble demanda, pero al mismo tiempo tendría este choque con la modernidad en crisis que traería como consecuencia un importante retroceso: desconfianza, reafirmación de los actores colectivos tradicionales, aparición del caudillismo. Esto último es clave para entender que la modernidad democrática permaneció estancada a lo largo del siglo XX, tan sólo téngase en cuenta que no hubo transición de ese partido creado por el Estado (PRI), cuya autoría pertenece a los vencedores en la Revolución, sino hasta el año 2000 ¡90 años después del inicio de la Revolución mexicana! Si acaso, el único avance en la democracia fue poner fin a la era del caudillismo mediante el civilismo, iniciado por Miguel Alemán Valdés en 1946.

Finalmente, estudiar la revolución mexicana a través de las grandes revoluciones del mundo, contemporáneas a ella, es importante para conocer un poco más sobre la misma. Es una clave importante el distinguir elementos comparativos con la revolución rusa y china, que enriquecen aún más los análisis de la Revolución mexicana, pues sirven como un termómetro para verificar el estado de diversas situaciones en México: ideologías, partidos, líderes, ejércitos, crisis agrícolas, influencia de las guerras, etc., determinando si México estaba realmente preparado para una revolución de este tipo, cómo y por qué se estancó.

REFERENCIAS

- Heau, Catherine y Rajchenberg, Enrique, “Los usos de los conceptos de tiempo y espacio en las interpretaciones de la Revolución mexicana”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, vol. 41, n.º 163, enero-marzo 1996, pp. 153-175.
- Guerra, François-Xavier, “Por una lectura política de la revolución mexicana”, en *Memoria del Congreso Internacional sobre la revolución mexicana*, México, INEHRM, 1991, pp. 449-463.
- Mason Hart, John, *El México revolucionario. Gestación y proceso de la revolución mexicana*, México, Alianza Editorial, 1992.
- Matute, Álvaro, “La Revolución recordada, inventada y rescatada”, en *Memoria del Congreso Internacional sobre la revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, pp. 441-445.
- Ruiz, Ramón, *México: la gran rebelión, 1905/1924*. México, Ediciones Era, 1984.
- Semo, Enrique, “Reflexiones sobre la revolución mexicana”, en *Interpretaciones de la revolución mexicana*, México, Editorial Nueva Imagen, 1979, pp. 135-150.
- Vallejo, Verónica, “La revolución mexicana, su ruptura y su carácter regionalizado”, en *Takwá*, Guadalajara, núm. 5, otoño 2002, Universidad de Guadalajara, pp. 10- 20.
- Werner Tobler, Hans, “La revolución mexicana: algunas particularidades desde el punto de vista comparativo”, en *Revista mexicana de sociología*, México, vol. 51, 1989, núm.2, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 151-159.